

7º. Ascensión. Año C

Lectio divina sobre Lc 24, 46-53

Lucas cierra su evangelio con una especie de testamento del Señor resucitado a sus discípulos. Antes de dejar la tierra definitivamente para sentarse junto a Dios, les deja bien instruidos: les explica lo acontecido a la luz de las Escrituras, les encomienda el mundo como misión para predicar la conversión y les reitera la promesa del Espíritu. Jesús deja amaestrados a sus discípulos y les deja lo que daba sentido a su vida: su propio espíritu y la misión universal. La bendición de Cristo que se aleja llena de gozo y de oración el tiempo de la espera. Los discípulos no parecen sentirse huérfanos de su Señor, aunque lo pierdan de vista y esperen aún el Don prometido, su Espíritu. Viven con gozo y ante Dios; saben lo que tendrán que hacer y con lo que cuentan para ello: permanecerán en Jerusalén hasta que les llegue el Espíritu prometido y el momento de partir para el mundo..

La ausencia de Jesús no pesa, si se espera la venida de su Espíritu y está por sonar la hora de la predicación a toda creatura. Mientras haya alguien a quien ganar para Cristo, habrá un motivo para esperar su Espíritu. Quien ha dejado el mundo en nuestras manos, no nos ha dejado del todo solos ni sin quehacer.

En aquel tiempo, ⁴⁶dijo Jesús a sus discípulos:

“Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día ⁴⁷y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén.

⁴⁸Vosotros sois testigos de esto. ⁴⁹Yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido; vosotros quedaos en la ciudad, hasta que os revistáis de la fuerza de lo alto”

⁵⁰Después los sacó hacia Betania y, levantando las manos, los bendijo. ⁵¹Y mientras los bendecía se separó de ellos, subiendo hacia el cielo. ⁵²Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén con gran alegría; ⁵³y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

La narración lucana de la ascensión de Jesús describe dos consecuencias que surgen, necesarias, de su resurrección: la desaparición física de Jesús, pues ha sido entronizado ya en el cielo; la misión por venir de sus discípulos, una vez sobrevenga sobre ellos el prometido Espíritu. Resucitado, Jesús dejó huérfanos a sus discípulos, pero no ociosos; los dejó esperanzados. El tiempo que surge tras la ascensión de Jesús es tiempo de orfandades y vacío que rellenar con el testimonio como tarea y el Espíritu como viático.

La versión que Lucas presenta, hecha de monólogo y narración, insiste en tres peculiares afirmaciones: 1º. Lo sucedido cumple lo prometido; la Escritura ya anunciaba el plan de Dios, que se está realizando ante los ojos de los discípulos. 2º. Ahora, es el tiempo del testimonio, aunque falta aún la fuerza de lo alto; la misión nacerá cuando se haga presente el Espíritu. 3º. Mientras tanto, y es lo último que hace Jesús en la tierra, el Resucitado bendice a los que deja: los deja bendecidos y *bendiciendo* a Dios. Huérfanos de su Señor, los discípulos se sienten bien, rebosantes de alegría, y bien dicen de Dios, rebosando bendiciones.

Vivir esperando la venida definitiva del Señor supone saberlo lejos de nosotros y exaltado junto a Dios. ¿Por qué será que la comunidad cristiana hoy no se siente por ello bendita y bendicidora?

La investidura como testigos es mandato último de Jesús exaltado, su testamento. El discípulo no puede considerar la misión apostólica como libre profesión ni como proyecto personal. Antes de cumplirlo, deberán esperar antes ser revestidos por el Espíritu. ¡No parece tenga prisa Jesús por evangelizar al mundo!. Mientras se espera, antes de ser testigos, hay que bendecir a Dios y saberse por Él benditos.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

¿Hemos caído en la cuenta de que con la Ascensión de Jesús estamos celebrando su ausencia física en nuestro mundo? Subiendo al cielo Jesús culminó su paso por la tierra: tras nacer y crecer como un hombre, tras convivir con los hombres y predicarles el reino de Dios, tras morir por todos los hombres y dejarse ver de algunos, por él elegidos, Jesús se separó de ellos dejándolos solos en el mundo. Tendría que sorprendernos un tanto que los cristianos consideremos una gran fiesta el día aquel en que Cristo se separó de sus discípulos, privándoles de su compañía y de su consuelo: ¿qué hay de feliz en una jornada donde la comunidad cristiana perdió de vista lo que mejor tenía y se quedó sin lo que más necesitaba, Cristo Jesús?; ¿por qué recordar ese día, precisamente hoy, cuando parece que la desaparición de Jesús de nuestra tierra es definitiva tras dos mil años ya de sentida ausencia?

O, ¿no es verdad que lo que más sabemos sobre Cristo sus discípulos hoy es echarlo de menos? ¿No es cierto que lo que mejor percibimos en nuestro mundo los cristianos es su ausencia? Nos quejamos, y no sin razón, de lo abandonados de Dios que estamos, del poco interés que muestra por nuestras cosas y por este mundo nuestro. ¿De qué nos sirve que Él esté en el cielo, junto a Dios, a cuantos todavía estamos en esta tierra lejos de ellos? Y sin embargo, sentir la ausencia de

Dios en nuestro mundo, sufrir por su desaparición real no debería entristecernos. ¡Todo lo contrario!: los discípulos que vieron desaparecer en el cielo a Jesús volvieron a Jerusalén con gran alegría. Jesús que se despidió de los suyos bendiciéndolos, los dejó bendiciendo a Dios; aminoraron la pérdida de vista de su Señor estrenando alegría y oración.

Y es que es característico de la vida cristiana el saber a Dios alejado de nuestra tierra sin tener que saberse abandonados por él; desde los inicios de la iglesia, los discípulos del Resucitado se han sabido solos en este mundo sin tener que lamentarse de haber sido abandonados: los cristianos no tenemos en la tierra a Dios; no lo tenemos al alcance de nuestras manos, pero lo podemos alcanzar en el corazón. Echarlo de menos es la forma de recordarlo con mayor intensidad; cuanto más nos duela su lejanía tanto más desearemos su presencia; si percibimos su ausencia, viviremos preparándonos para su llegada; el discípulo sabe que no encontrará en su mundo a su Señor, porque sabe que le ha precedido al cielo; no desespera de volverle a ver, porque sabe que lo está esperando en el cielo.

Y porque allí está intercediendo por nosotros, podemos estar seguros de no haber sido abandonados del todo: echar de menos a Jesús aquí, donde tanta falta nos hace, significa saberle junto a Dios, abogando por nuestros intereses. Si cabe, si lo soportáramos, tendríamos que sentir aún con mayor fuerza la ausencia de Cristo en nuestro mundo, para que nuestro dolor avivara el recuerdo de él y afirmara la seguridad de tenerle junto a Dios ganándonos su favor. El cristiano no desespera de encontrarse un día a su Señor, sólo porque Cristo se le haya distanciado un poco: el cristiano, aunque esté solo en su mundo y solo ante sus problemas, sabe que no está perdido, porque no ha perdido a su Señor; si no tenemos a Cristo durante la vida justo a nuestro lado es porque está ya velando por nosotros junto a nuestro Dios.

Regresando junto a Dios, Jesús no nos ha dejado huérfanos: nos ha dejado ocupados en la tarea de representarle ante el mundo, que sufre, aunque no lo confiese, por su ausencia: *vosotros sois mis testigos*, dijo a sus discípulos Jesús antes de dejar la tierra. Teniendo nuestros intereses bien cubiertos ante Dios, puesto que él se ocupa de ellos, Jesús nos ha encomendado que nos hagamos cargo de los intereses de Dios en el mundo. El cristiano, lejos de lamentarse por una ausencia de Dios que no es definitiva, vive en medio del mundo representando los derechos de Dios. Mientras Dios no vuelva a hacerse presente, mientras su voluntad y su reino no sean realidad entre nosotros y en nosotros mismos, tendremos obligación de presentarnos ante el mundo como los lugartenientes de Dios, hombres y mujeres que viven para recordar que la lejanía de Dios es sólo aparente; mientras se le eche en falta en nuestro mundo, Dios necesita de creyentes que lo hagan presente, viviendo según su voluntad y testimoniando sus exigencias.

La ausencia de Dios en nuestro mundo es realmente abrumadora, pero no porque Cristo Jesús nos haya dejado, sino porque sus discípulos están dejando de ser sus testigos esperanzados: saber que contamos con Él, ya junto a Dios, que lo tenemos ya en el cielo abogando por nosotros, tendría que devolvernos la confianza en la misión que nos ha dejado; el mundo no lo olvidará, nuestra sociedad no ignorará a Dios, si nosotros nos encargamos de la tarea que nos legó: en un mundo donde lo que más se percibe es lo poco que importa Dios, lo mucho que se le está olvidando, nuestra vida de fe llena de sentido nuestra soledad, porque sabe descubrir cualquier rastro de Dios en lo que sucede a nuestro alrededor, nuestra capacidad para identificar las huellas que Dios nos ha dejado de su presencia; mientras tengamos que ocuparnos en representarlo, no tenemos derecho en creernos abandonados ni soportaremos que a nuestro alrededor se le dé por perdido. No es tiempo para sentirse abatidos, cuando hay tantas personas a las que alentar; no es momento para aumentar el silencio sobre Dios, cuando ha llegado la hora de testimoniario.

Y para que nos sea más llevadera nuestra tarea, nos ha sido prometido la fuerza de lo alto, el espíritu mismo de Jesús. La ausencia física de Jesús no supone la privación de su espíritu: quienes tienen la tarea de representarlo en el mundo tendrán también la asistencia de su fuerza interior. Por eso pudieron sentirse alegres los primeros cristianos cuando Cristo se les alejó: les dejó una difícil misión y su fuerza interior. No nos sentiríamos huérfanos de Jesús en el mundo, si pudiéramos sentir en nuestro corazón la fuerza de su espíritu. La alegría de vivir, y una vida ocupada en la oración, son los frutos de quienes esperan el Espíritu de Jesús. Y nosotros podemos esperararlo, puesto que se nos ha prometido.

Pues bien, el Espíritu de Jesús lo tienen en su corazón quienes se quedan en la ciudad, ocupando sus días y sus manos, en el testimonio y la oración. Vivir hoy para recordar al mundo que Cristo no se ha ausentado de nuestro mundo, que sigue interesándose de él, que está allí donde más puede ayudarnos, junto a Dios, que vive preparándonos el porvenir, porque está él mismo por venir, es la tarea que nos ha dejado Jesús. Tomarla en serio nos conseguiría superar nuestros desalientos. No nos ha dejado solos: tenemos la tarea, su Espíritu y la esperanza. Y el mundo que nos espera, aunque no nos lo diga, porque espera una razón para vivir y la fuerza. Ambas nos las ha dejado el Señor antes de partir. No le fallemos.